

Juan Eslava Galán

LA DÉCADA QUE NOS DEJÓ SIN ALIENTO



La década que nos dejó sin aliento pertenece a la serie dedicada al siglo XX, de la que ya han aparecido tres volúmenes que abarcan desde 1936 a 1959. Esta vez el tema son los años comprendidos entre 1973 y 1982: comienza con el asesinato de Carrero Blanco y termina con Alfonso Guerra levantando la mano de Felipe González en una ventana del hotel Palace de Madrid tras la victoria socialista en las elecciones. En ese decenio escaso, el pueblo español transita de la dictadura a la democracia tras navegar por los turbios años de la Transición. Es probablemente la etapa más decisiva e interesante de nuestra historia contemporánea, llena de torpes improvisaciones y de pactos contra natura. Nuevamente los familiares personajes de la serie (*Chato Puertas*, don Próculo, la Uruguaya, etc.) nos llevarán de la mano a través de esos años en los que España experimenta una revolución social y política sin precedentes.

Capítulo 1

Un volcán bajo el asfalto

Madrid, 20 de diciembre de 1973. Repantigado en el asiento trasero de su coche oficial, el almirante Luis Carrero Blanco —cara de gañán, cejas frondosas, abrigo gris cruzado— regresa a su domicilio después de oír misa y comulgar en la cercana iglesia de San Francisco de Borja.

Ante su ventanilla desfila una España renovada y cambiante: gente bien vestida y abrigada, hileras de coches aparcados a lo largo de las aceras, furgonetas de reparto... Se nota que hay dinero, especialmente en el barrio de Salamanca, donde el almirante vive. Por Vallecas y el Pozo del Tío Raimundo nunca ha ido.

España ha progresado mucho desde los planes de desarrollo que él ayudó a alumbrar, quince años atrás. Lo malo es que ese desarrollo acarrea cambios sociales indeseables, relajación moral, contestación al Régimen. El español es olvidadizo: los que más agradecidos deberían estar, los estudiantes y los obreros, se han envenenado con doctrinas liberales que difunden la masonería y el comunismo y comienzan a crear problemas con huelgas y algaradas. Lo más preocupante de todo es que, como el tiempo no pasa en balde, el Caudillo, que ejercía su autoridad paternal pero firme sobre los españoles, se está deteriorando física y mentalmente de manera alarmante. Bueno, él puede ayudarlo a llevar esa carga. Hace unos meses, Franco lo nombró presidente del Gobierno en justa recompensa a su fide-

lidad y entrega de tantos años. Ahora el Caudillo solo es el jefe del Estado que preside semanalmente la reunión del Consejo de Ministros y recibe a comisiones y embajadores. Incluso este trabajo parece que le pesa. Está muy mayor.

El almirante se sabe albacea político de Franco, la mano firme que patroneará la nave del Estado frente a las turbulencias liberales que la amenazan. El almirante ha cumplido setenta años, pero goza de buena salud y sigue siendo un hombre enérgico y resolutivo, de pocas ideas, pero fijas: el hombre providencial que España necesita en estos revueltos tiempos en que, como predica el ultraderechista Blas Piñar en sus vibrantes arengas patrióticas, los rojos perdedores de la guerra se atreven a reptar fuera de las alcantarillas en las que los sepultó la derrota para atacar a un Estado que ha traído bienestar y abundancia a los españoles^[1].

El almirante es hombre de costumbres fijadas, en eso se parece a los leones marinos de Madagascar de los que recientemente habló el doctor Rodríguez de la Fuente en la tele. Lleva años observando la misma rutina diaria: oye misa y comulga, en ayunas como manda el precepto, regresa a casa, desayuna con su mujer y marcha al trabajo en la Presidencia del Gobierno, Paseo de la Castellana, 3. En ese edificio ha ocupado diversos puestos desde 1941.

Este 20 de diciembre de 1973, un incidente enteramente imprevisto viene a quebrantar la rutina diaria del ilustre marino: a las 9.28 de la mañana, cuando su vehículo discurre frente a la residencia de los jesuitas, en el número 104 de la calle Claudio Coello, un volcán estalla súbitamente bajo el pavimento y proyecta el coche a más de veinte metros de altura. En una pirueta notable, el Dodge Dart, modelo 3700 GT, matrícula PMM 16146, sobrepasa el tejado del edificio jesuita, que es a dos aguas, como todo lo ignaciano, e impacta en la terraza interior del cenobio.

El padre José Luis Gómez Acebo, S. J., que en ese momento meditaba los *Ejercicios espirituales* del fundador, en el pasaje que aconseja «no procurando de traer pensa-

mientos alegres^[2]», se sobresalta del zambombazo que ha agitado los cristales de las ventanas y ha desprendido un caliche del techo. «Esto va a ser una explosión de gas como la del mes pasado», piensa^[3].

Las explosiones de gas son bastante corrientes en esta España de nuestros amores que se incorpora vertiginosamente al uso de nuevas energías sin, por ello, renunciar a la consuetudinaria chapuza, al tente mientras cobro y a las tuberías selladas con esparadrapo.

Una explosión de gas suele acarrear muertos y heridos. El padre Gómez Acebo, antiguo capellán de la Legión, siente la llamada del deber: corre a la capilla, toma los santos óleos y sale a la calle por si tuviera que cumplir su sagrado ministerio.

Tras la explosión primera, otro jesuita, el padre Jiménez Berzal, S. J., especializado en la dirección espiritual de chicos, percibe un estrépito en la terraza interior de la casa, se asoma y comprueba la insólita presencia de una masa informe de hierros que acaba de caer del cielo. En un principio podría pensarse que se trata de la sonda espacial *Pioneer 10* de la NASA^[4], pero vista más de cerca parece un coche, bastante chafado, eso sí, pero coche a juzgar por los faros paralelos, la matrícula que pende de un tornillo y un intermitente encendido que guiña su luz naranja.

¿Cómo ha llegado un coche hasta aquí si la terraza está a la altura de un tercer piso e inhabilitada para vehículos? El sacerdote sale a la solana y distingue un brazo inmóvil que asoma por una ventanilla. Se apresura a administrarle el sacramento de la unción de los enfermos (denominado «extremaunción» antes del Concilio), un don del Espíritu Santo que renueva la confianza y la fe en Dios y fortalece contra las tentaciones del Maligno. Repite la operación a una mano de distinta persona que acierta a distinguir entre el amasijo de chapas.

Acuden más religiosos junto al coche que ha aterrizado en su azotea. Los buenos padres se espantan del destrozo: yace de lado, con dos ruedas al aire, el techo aplastado, la trasera doblada en forma de uve por efecto de la explosión.

Llegan los bomberos con su estruendo de sirenas, sus mangueras y sus bizarros uniformes. Con trabajo y palancas enderezan los dos mil kilos de chatarra^[5]. Tres cuerpos aparecen amontonados en los asientos traseros. ¡Uno de ellos es el de Carrero Blanco, el presidente del Gobierno!

Los operarios extraen con cuidado el cuerpo del ilustre marino, que se abstiene de dar señales de vida. Bajo las pobladas cejas, que le proporcionan cierta semejanza —¡la única!— con los dirigentes soviéticos de la época, el almirante mantiene los ojos cerrados y el gesto impávido, como si meditara. Ha perdido los zapatos, pero conserva el abrigo. Una pierna doblada en ángulo inverosímil presagia fractura abierta. De la cabeza y de la comisura izquierda de la boca le manan apenas dos hilillos de sangre^[6].

Los otros dos cuerpos resultan ser los del chófer del vehículo, José Luis Pérez Mogena (que morirá al llegar al hospital), y el del subinspector de policía Juan Antonio Bueno Fernández, irreconocible porque tiene la cabeza aplastada.

El padre Jiménez Berzal ha administrado la unción de los enfermos a dos cuerpos («a dos manos distintas que he podido ver», declarará a un periodista), pero ahora resulta que son tres. El padre Gómez Acebo reitera la unción en los tres cuerpos para cerciorarse de que todos queden debidamente sacramentados.

—El coche ha quedado para el desguace —comenta, preocupado, un bombero—. Esto lo van a declarar siniestro total^[7].

Afuera, en la calle, comienzan a agruparse los curiosos como siempre que ocurren desgracias. El enorme cráter

producido por la explosión, diez metros de largo, siete de ancho y tres de profundidad, se ha tragado un Seat 850, y rápidamente se llena con el agua de las tuberías rotas.

El destrozo en los coches aparcados y en las ventanas de las inmediaciones es considerable.

Los tres policías del coche de escolta, otro Dodge con matrícula civil que seguía a pocos metros al del almirante, han resultado heridos de menor consideración. La lluvia de cascotes les ha hundido el techo del vehículo.

El conductor de la escolta, Eutimio Franco, ve sacar una camilla de la residencia jesuita. Reconoce en ella al presidente del Gobierno: «Señor almirante», comienza a decir... Le pone una mano en el pecho y comprueba, con pavor, que el abrigo se hunde «como si debajo estuviera hueco».

Otro jesuita declarará, días después, a los periodistas:

—Al principio solo escuché un ruido sordo, como un taponazo.

Aquel taponazo descorcha una nueva etapa de la historia de España. Es el chupinazo inaugural del decenio que nos dejó sin aliento.

Regresemos al lugar de la explosión. Acude, en su coche oficial, el ministro de la Gobernación, don Carlos Arias Navarro, carita de ratón, ojitos espantados, bigotillo nacionalsindicalista, en otro tiempo conocido como «Carnicerito de Málaga^[8]». Allí se entera de que han trasladado al almirante a la ciudad sanitaria Francisco Franco.

Se alerta a los capitanes generales: el presidente del Gobierno ha sido víctima de una explosión de origen todavía indeterminado.

Las llamadas colapsan la centralita del hospital.

—¿Cómo está el almirante? ¿Se recuperará?

—No lo sabemos. Está muy mal.

Tendría que obrar Dios un milagro. Los forenses que examinan el cadáver redactan un parte minucioso: «Fractura de maxilar, fractura de ambas clavículas, aplastamiento torácico, enucleación de testículo izquierdo, fractura abierta

de tibia y peroné derechos, fractura luxación abierta de tarso en miembro inferior izquierdo, fractura conminuta de medio pie derecho. Epistaxis traumática».

Solo queda extender el certificado de defunción por *blast syndrome*, rotura generalizada de los órganos internos.

Por si no fuera maltrato suficiente, antes de que cante el gallo el almirante aún deberá sufrir que uno de sus ministros, Julio Rodríguez Martínez (el más tonto que ha desfilado por nómina en cuarenta años de franquismo), le perpetre los siguientes versos:

Esta noche puedo escribir los versos más tristes,
versos zozobrantés en torrentes de lágrimas,
rimas que saben de llanto y de congojas
con sabor de cera y besos de cirios^[9].

La noticia se extiende rápidamente por España (me refiero a la de la muerte del almirante, no a la de los versos de su ministro). La gente la vive pegada a los transistores.

—¡Una explosión de gas ha matado al presidente del Gobierno!

—Ya, ya.

Los españoles, maleados por cuarenta años de censura en la prensa, se han acostumbrado a leer entre líneas incluso cuando no hay nada que leer.

Lápida en el lugar donde murió Carrero Blanco

Capítulo 2

Un reventón de gas

En Granada, los estudiantes de tercer curso de filología moderna tienen un examen parcial de anglosajón en la facultad del Hospital Real. Los que van saliendo del aula encuentran los patios desiertos y las clases suspendidas.

Un bedel, antiguo guardia civil y probable confidente de la policía, acude a abrir la puerta. Un estudiante le pregunta:

—¿Cómo es que está cerrada la puerta?

—¡Ya te enterarás! —le responde el funcionario acentuando un poco, si cabe, su *malafollá* habitual, como reprochando al alumno su posible pertenencia a ese colectivo de jóvenes pelanas que obedecen ciegamente las consignas del comunismo internacional pagado con el oro de Moscú que pretende desestabilizar España, envidioso de la prosperidad alcanzada bajo la égida del Caudillo.

El alumno, un servidor, sin ir más lejos, se dirige a su morada, un modesto piso de estudiantes en la calle Pedro Antonio de Alarcón, todavía no asfaltada pero ya flanqueada de horribles bloques de hasta nueve alturas. En la panadería de la esquina, un grupo de vecinas en bata de boatiné, algunas con rulos en la cabeza y pantuflas, no habla de otra cosa:

—¡Un reventón de gas! —dice una.

—¡Una bombona de butano! —sugiere otra.

—No, hija, no seas ignorante, que en Madrid el gas va por tuberías, como el agua —corrige una tercera—. Pues ha reventado una tubería de esas y ha matado a nueve ministros y a dos obispos que pasaban por la calle.

—No, que salían de misa, de comulgar —puntualiza una cuarta.

—Bueno, pues habían comulgado y salían a la calle.

—¡No, que no ha sido una tubería, que la radio ha dicho que ha sido una bolsa *suterraña*!

—Pero ¿una bolsa explota? —pregunta una mirando con recelo la de plástico, amarilla, de Simago, que lleva en la mano.

—¡Ay, hija, yo qué sé, eso ha dicho el locutor en la radio!

Llega al hospital la familia del almirante (esposa, tres chicos y dos chicas), llegan los príncipes de España, don Juan Carlos y doña Sofía, llegan todos los ministros del Gobierno. Caras de circunstancias, cada cual calculando cómo afectará a su carrera la muerte del almirante, en especial Arias Navarro, quien, como ministro de la Gobernación, era el responsable de la seguridad del finado («De aquí a mi casa», les confía, apesadumbrado, a sus íntimos). En corrillos se comenta que el finado solo llevaba en los bolsillos un paquete de Ducados casi vacío, un encendedor normalito, una agenda con teléfonos de amistades y el carné de identidad. No llevaba dinero^[10].

El vicepresidente del Gobierno, Torcuato Fernández-Miranda, al que toca asumir la presidencia en funciones, llama a El Pardo. Franco guarda cama, con gripe y fiebre. En ese momento lo está reconociendo su médico de cabecera, el doctor Vicente Gil, *Vicentón*. La centralita pasa la llamada al Despacho de Ayudantes, decorado con tapices de Goya, donde el coronel Trapa acaba de entrar en servicio y el coronel Galbis está a punto de marcharse. Escuchan la noticia de labios de Torcuato (así llamaremos en adelante a Fer-

nández-Miranda) y llaman a un criado, que los nota demudados:

—Avisen inmediatamente a don Vicente que salga enseguida.

Sale el médico y le transmiten la noticia para que decida si el Caudillo está en condiciones de recibirla.

—El presidente acaba de sufrir un gravísimo accidente. Díselo tú al Caudillo.

Vuelve el médico al dormitorio y a los pocos minutos, más informados, regresan los coroneles. El médico los atiende en la antesala.

—Vicente, Vicente, el presidente ha fallecido. Se cree que ha sido un atentado terrorista.

—¡Hijos de puta, cabrones, me cago en...! —grita el doctor Gil. Ya veremos que es bastante visceral^[11].

Convocados con la máxima urgencia, los ministros se reúnen en Castellana, 3. A los obispos, con esa maravillosa previsión que caracteriza a la Iglesia, el atentado los ha cogido reunidos en la sede de la Conferencia Episcopal^[12].

18.30 horas. El general Iniesta Cano, director general de la Guardia Civil y notorio ultraderechista cuyo patriotismo excede ampliamente a su inteligencia, no se lo piensa dos veces y ordena a los setenta mil guardias bajo su mando que actúen «enérgicamente, sin restringir ni en lo más mínimo el empleo de sus armas», lo que provoca la alarma en todo el país: ¡vamos a la guerra^[13]! Madres abnegadas recogen a sus hijos de los colegios antes del término de las clases, la actividad se suspende en muchas oficinas, los temas de conversación habituales, fútbol o televisión, ceden su lugar al atentado y al incierto futuro. En fábricas y oficinas se forman corrillos en torno a un transistor. Algunas amas de casa propensas al melodrama, a causa de la educación sentimental impartida por telenovelas y seriales, invaden los supermercados para acaparar víveres en previsión de lo por venir. Un pánico similar, aunque más disimu-

lado, espesa el ambiente de muchos despachos oficiales y salas de banderas. En las tascas periféricas, ciudadanos adictos al tinto nacional y a las labores de la Tabacalera comentan las noticias con gesto hosco y preocupado. Muchos ciudadanos se encierran en sus casas y no se apartan del transistor y la tele.

A media tarde las emisoras interrumpen su programación para que el ministro de Información notifique sobre la muerte del presidente del Gobierno, pero el hombre no aclara si ha sido en accidente o atentado.

En la tele oficial y única se suspenden los programas y una orquesta interpreta música sinfónica, para terminar de alarmar a la población^[14]. Izquierdistas significados (o los que por tal se tienen) hacen apresuradamente la maleta y se refugian en domicilios de amigos, por si las moscas^[15].

Es que el miedo no conoce.

Una parte de este pánico se explica porque desde que Franco le cedió a Carrero la presidencia del Gobierno, hace seis meses, todo el mundo está convencido de que es su sucesor. Hombre retraído como es Carrero, austero y callado, pocos conocen que le ha prometido al príncipe don Juan Carlos que en cuanto él herede la corona dimitirá y dejará paso a quienes el rey quiera nombrar^[16].

En medio de la conmoción general, el diminuto Torcuato mantiene la cabeza fría, domina la situación y demuestra ser el hombre de Estado enérgico y prudente que la delicada situación requiere. Al filo de la medianoche, cuando por fin le traen de casa la imprescindible corbata negra, dado que en los baúles de atrezo de Prado del Rey no se ha podido encontrar ninguna, Torcuato comparece en los televisores del país, como presidente del Gobierno en funciones, para reconocer oficialmente «desde el dolor de España» que Carrero Blanco ha perecido víctima de un atentado terrorista. Añade: «El orden es completo en todo el país y se-

rá mantenido con la máxima firmeza. Nuestro dolor no turba nuestra serenidad».

Radio París ha emitido un comunicado de ETA en el que la organización terrorista se responsabiliza del atentado, «justa respuesta revolucionaria de la clase trabajadora y de todo nuestro pueblo vasco a las muertes de nuestros nueve compañeros de ETA». Termina así: «Todo el pueblo de Euskadi, de España, de Catalunya, de Galiza, todos los demócratas, revolucionarios y antifascistas del mundo entero nos encontramos liberados de un importante enemigo».

—O sea, que de gas, nada —le dice el panadero de marrras a su señora—. Una bomba de ETA, fijo^[17]. Mira que lo pensé, cuando todas las tontas esas se empeñaban en lo del gas, pero no quise decir ni pío, que luego critican y te toman por rojo.

Capítulo 3

El blanco está por las nubes

En la intimidad de cada familia, las dos Españas se manifiestan frente a la noticia. Muchos cristianos de derechas se consuelan pensando que recién salido de misa, comulgado y recibida la extremaunción por dos veces, es seguro que el almirante habrá ido directamente al cielo, sin trámite alguno. Los otros, los rojillos, cada vez más numerosos, se congratulan del desastrado final de *El Cejas*^[18].

No tardarán en circular chistes macabros. En la barbería *El Siglo*, Pepe el barbero aguarda a quedarse entre parroquianos de confianza para soltar el primero:

—Le pregunta un niño a su madre: «Mamá, ¿Carrero Blanco ha ido al cielo?» Y la madre responde: «No, hijo, iba al cielo pero el coche se topó con una cornisa».

—¡Una gran pérdida para las letras hispanas! —se lamentan, de coña, los progres (el almirante fue Premio Nacional de Literatura en 1947^[19]).

—Adivinanza: «Sale de misa y choca con la cornisa».

—Carrero, claro.

En los retretes de los bares, único espacio libre de censura gubernativa en el que los españoles manifiestan tanto sus inquietudes sexuales como las políticas, se reitera un consejo: «Bebe tinto; el blanco está por las nubes^[20]».

Los amigos progres se saludan con un guiño y se dicen: «De Madrid al cielo^[21]».

La noticia aparece en portada de muchos periódicos del mundo en los que España solo merece la primera página cuando algún torero muere por asta de toro.

Se especula sobre si el coche del presidente estaba o no blindado. Los avispados publicistas de Chrysler España, fabricante del vehículo, emiten un comunicado: el almirante usaba un Dodge normal, de serie, sin blindaje, pero robusto y fiable «como son todos nuestros productos». La prueba de ello es que la potente explosión que hubiera desintegrado cualquier otro vehículo de la competencia, al nuestro solamente lo ha chafado y, a pesar de ello, el sistema eléctrico continuaba funcionando con normalidad, como lo prueba el hecho de que uno de los intermitentes se mantuviera encendido a la llegada de los equipos de auxilio.

Día 21. Consejo de Ministros bajo la presidencia de un Franco griposo que ha tenido que abandonar la cama para atender la llamada del deber. Caras ojeras de mal dormir. Se acuerda conceder al almirante asesinado el título de duque de Carrero Blanco.

La capilla ardiente, instalada en la Presidencia del Gobierno, es un desfile incesante de exaltados patriotas. Afuera aguarda una multitud, quizá cien mil personas, para acompañar el cortejo fúnebre, al menos durante un buen tramo de la Castellana, hasta el cementerio de El Pardo, donde el almirante tenía reservada su «parcelita», como él decía. El féretro va sobre un armón de artillería del que parten ocho cintas con la bandera nacional sostenidas por ocho ministros y altos funcionarios. Unas cien mil personas abarrotan la Castellana, no todas pesarosas. En las improvisadas pancartas se lee: «Todos unidos contra el marxismo asesino»; «Hoy más bombas ¿hasta cuándo?», «Alto al comunismo; Gobierno de autoridad».

Uno de los asistentes, el acaudalado constructor e importador de maquinaria Ildelfonso López Puerta, más conocido como *Chato Puertas*, camisa azul falangista bajo el abrigo, que a pesar del frío lleva abierto, para que se vean